

esposo quedaba mucho mas aliviado. Doña Blanca la acompaña tambien.

— ¡Desventuradas! murmuró D. Alvaro. Es preciso que ignoren el estado de mi padre. Corred á su lado, padre Anselmo, os lo suplico, mientras yo velo aquí.

— No; vuestros cuidados son ya inútiles. Ahora solo necesita los de la religion.

— Tambien llegarán tarde, dijeron algunos caballeros rodeando al moribundo para que D. Alvaro no advirtiese que estaba agonizante.

— El padre Anselmo que tenia entre las suyas la mano de su hermano, conoció por su frialdad que apenas habia calor vital en aquel cuerpo exánime. Levantándose entonces para ocultarlo con el suyo, dijo á D. Alvaro.

— Id á consolar á vuestra madre, y á vuestra hermana. Nunca como ahora han necesitado vuestra presencia.

— Si, pero antes dejadme besar su frente.

— No; porque tantas emociones le matarian. Llevadle, D. Fernando, prosiguió dirigiéndose el señor de Zamora.

Este, que se habia apercibido de la muerte del castellano, cogió de la mano al jóven y lo arrastró fuera del salon. Asi que desapareció, el ermitaño, con lágrimas en los ojos, dijo á los caballeros que el rodeaban.

— Os ruego que ocultéis á estos desventurados la resolución que voy á adoptar con vuestra generosa ayuda. Es preciso que al punto traslademos á mi ermita el cuerpo de este desventurado. Su vista en estos momentos de angustia, haria sucumbir á su infeliz esposa, y á sus hijos. En mi asilo se le velará hasta que mañana dispongamos sus exequias y le demos sepultura, antes de que su familia advierta el golpe terrible que acaba de experimentar. La litera que estaba preparada para conducir las dos damas á Valladolid, nos servirá ahora para hacer la traslación.

D. Martin Lopez de Córdova, ya relevado de su puesto, se adelantó al ermitaño, diciéndole:

— Obrais, señor, como un verdadero ministro del cielo; pero no lleveis tan lejos vuestro celo. Nosotros conduciremos á D. Rodrigo á vuestra ermita, y en el interin, acompañareis á su familia.

— No, no; repuso vivamente; vendré despues... cuando el llanto haya secado mis ojos.

— Pues ordenad lo que guste's, dijeron á una voz todos los caballeros.

— ¿La litera está dispuesta?

—Sí, señor.

—Entonces os ruego que le bajeis en el mismo sillón en que se encuentra.

—El ermitaño no pudo continuar, porque los sollozos habían puesto un nudo a su garganta.

D. Martín Lopez y otros dos caballeros levantaron en brazos el sillón y los demás les siguieron, guardando el mas profundo silencio para no llamar la atención de las dos damas.

El ermitaño seguía en pös con paso trémulo, y enjugándose las lágrimas que el dolor arrancaba de sus ojos. Tantas emociones habían debilitado su espíritu de tal modo, que al llegar al corredor, tuvo que apoyarse en el brazo de uno de los guardias para no caer en el pavimento.

En el patio se hallaba la litera que habían sacado de las caballerizas aquella mañana de orden del padre Anselmo. Martín Lopez de Córdova acomodó al castellano en uno de sus dos asientos, y aquel ocupó el otro encargando que solo le acompañase uno de los caballeros que guarnecían el castillo; pero todos se resistieron a dejarle partir con el muerto, encerrados los dos en la litera. Don Fernando Alfonso que en aquel momento se reunió con sus amigos, esforzó también su ruego, indicando al ermitaño que la litera solo debía conducir al señor de Cabezon. El padre Anselmo dirigiendo una expresiva mirada al caballero, le manifestó que estaba en el deber de acompañar al difunto como deseaba.

—Caballeros, añadió despidiéndose de los celosos defensores del castillo, os ruego que no insistais y que me dejéis partir solo con don Fernando Alfonso de Zamora. ¿No es verdad que vos me acompañareis?

—Sí, por cierto; contestó el caballero acercándose á las mulas. Os serviré de palafrenero.

—Os ruego que guardéis silencio hasta que yo vuelva.

—Descuidad, señor; nada diremos.

—Dentro de una hora volveré al castillo.

—Sí, es preciso: porque vos sois la única persona que tiene derecho á penetrar en el aposento de las damas.

D. Fernando Alfonso de Zamora, castigando á las dos mulas se puso en marcha hablando al ermitaño por la portezuela, y guiando á aquellas como un palafrenero consumado.

Era ya de noche. Los rayos de la luna no podían iluminar hasta dos horas despues el camino que seguía el caballero; pero el viaje era muy corto y no era de esperar por consiguiente un tropiezo. Sin embargo, al llegar á los puestos avanzados del rey D. Pedro,

hubo precision de detenerse para sufrir un reconocimiento que hubiera sido harto severo, á no presentarse D. Fernando Alfonso de Zamora como interesado en que la litera llegase cuanto antes á su destino. De este modo atravesaron el campamento, sin darse á conocer, porque el padre Anselmo se proponia ocultar la muerte del señor de Cabezon hasta el dia siguiente.

A la entrada de la ermita del Cristo de las batallas, hallabase sentado sobre un banco de piedra D. Lope Alvar de Rojas, impaciente ya por la tardanza del padre Anselmo. A no abrigar la duda de si era ó no su salvador, se hubiera retirado á su castillo para descansar de las fatigas y de los peligros que habia corrido durante el dia. Hacia un largo rato que permanecia abismado en una profunda meditacion, cuando le despertó de repente el ruido producido por las campanillas de las mulas que conducian la litera. Entonces se levantó de su asiento y se adelantó hasta el lugar en que poco tiempo antes habia tropezado con D. Rodrigo de Cabezon y su comitiva, que corria desalentado en busca de su hija y de su raptor. Este recuerdo no produjo en el caballero el sentimiento de venganza, que aun la noche anterior, despertaba en su pecho.

Apesar de que la oscuridad era profunda, D. Lope descubrió á don Fernando guiando la litera.

—¿Qué veo? exclamó admirado: ¿vos sirviendo de palafrenero?

—Y en ello recibo un honor, contestó el caballero con aire meditabundo.

El ermitaño se apeó con trabajo apoyándose en el cuello de don Fernando.

—Venid, D. Lope, le dijo; vuestra ayuda es aquí necesaria.

Don Lope se adelantó, y D. Fernando le indicó que era preciso trasladar á la ermita el cadáver del señor de Cabezon.

—¡Cielos! exclamó, retrocediendo lleno de espanto. ¿Ha muerto don Rodrigo?

—Ya lo estais viendo, contestó D. Fernando friamente. Ahora ayudadme, si gustais.

Don Lope, tan blando de emociion, cogió al anciano por la espalda, y D. Fernando le ayudó con todas sus fuerzas. El padre Anselmo se dirigió á la ermita para encender una luz, y á poco rato volvió con una tea encendida para alumbrar al cortejo fúnebre que iba á interrumpir su soledad.

El aspecto del señor de Rojas al depositar en el recinto de la ermita su triste carga, era tan deplorable, que D. Fernando le preguntó si estaba enfermo; pero recordando despues el suplicio que

había estado próximo á sufrir, conoció que su pregunta era indiscreta.

El padre Anselmo con su dolor ya reconcentrado, registró la cueva hasta que halló dos velas de cera que solía encender delante del Crucifijo cuando se entregaba á la oración. Como en aquel triste recinto no había mas lecho que el de paja y heno que servía al ermitaño, éste tuvo que pedir á D. Fernando su capa para que descansase sobre ella el cuerpo de D. Rodrigo. Luego, colocando á la cabecera de este el Crucifijo y las dos velas á los lados, rogó á don Fernando que le dejase solo por un instante con D. Lope.

—Caballero, le dijo así que estuviesen solos: cuando ibais á sufrir un suplicio horroroso, este desgraciado que yace á vuestros pies, imploró vuestro perdón y lo obtuvo. Y sin embargo, en aquel momento luchaba con la muerte que vos le habeis proporcionado.

Don Lope, confuso y agitado, no se atrevió á responder.

—¿Sabeis D. Lope que es horrendo el crimen que habeis cometido?

—Señor, tenía una herida en mi pecho que era preciso cicatrizar.

—Si; asesinando de una manera horrorosa á este padre y á este esposo infortunado. La muerte hubiera sido para vos una leve expiación. ¿Y esperais que la justicia del cielo sera burlada como la de los hombres? No, D. Lope. Yo voy á imponeros una expiación.

—Hablad, señor; vuestra sentencia sera justa; porque parte de un digno ministro del cielo.

—Arrodilláte, desventurado.

El caballero, víctima de una agitacion interior que en vano trataba de reprimir; se puso de hinojos á los pies del cadáver de D. Rodrigo de Cabezon.

—Toda la noche, prosiguió el ermitaño, velarás solo á los pies de este mártir del infortunio.

—¿Qué decis, señor? exclamó D. Lope, dominado por una supersticion tan comun en aquella época.

—Te negarás á sufrir esta leve expiación?

—Perdonad, señor; pero la vista de este desgraciado, á quien tanto he ofendido, me causa un temor, un remordimiento que no acierto á explicar.

—¿Vacilarás?

—¡Oh! No me impongaís semejante sacrificio!

—¿Con que no te sometes á esta prueba?

—No; imponedme otra cualquiera y la aceptaré.

—Es imposible. Pero ya que te niegas, debo advertirte que el deber que te impongo es el que te exige la misma naturaleza. ¿Sa-

bes quien es ese desventurado que no quieres velar en su último sueño ?

—Sí, un noble y leal caballero, víctima de su lealtad y del mayor de los crímenes.

—No debía hacerte esta revelacion, porque va envuelto en ella tu castigo, y este castigo, es tan terrible como el que yo estoy sufriendo. Pero puesto que te niegas, atrevete á abandonar á este desgraciado, cuando te declare que es tu propia sangre.

—¡Cielos! Cómo! D. Lope Alvar de Rojas...

—No prosigas; ese nombre no te pertenece. D. Lope Alvar de Rojas no era tu padre.

—¡Dios mio! ¿Y entonces, á quién debo el ser?

—A D. Rodrigo de Cabezon, que está á tu lado exigiéndote desde el cielo esta expiacion, para que Dios tenga misericordia de tí. Mañana, cuando los primeros albos de la aurora iluminen esta tumba, la soledad de la muerte te habrá marcado la misma senda que hace veinte años está atravesando el padre Anselmo, víctima como tu ahora de un horrible extravío.

D. Lope solo respondió despidiendo un grito horroroso y cayendo desplomado sobre el cuerpo frio de su padre.

los dioses es ese desventurado que no quiere velar en su altar
sueño?

—Sí, un noble y leal caballero, víctima de su lealtad y del mayor
de los crímenes.

—No había hecho esta revelación, porque ya cayendo en ella
tu castigo, y este castigo, es tan terrible como el que yo estoy su-
friendo. Pero puesto que le mueras, átrévete a abandonar a este des-
graciado, cuando le doctas que es tu propia sangre.

—¡Cielos! Conozco a D. Fope Alvar de Rojas.

—No te atrevas; con nombre en la penitencia. D. Fope Alvar de
Rojas no era tu padre.

—¡Fijos míos! Y entonces, ¿quién hablo el ser?

—A D. Rodrigo de Capozon, que está a tu lado, excomulgado, el
vicio está expiando, para que Dios tenga misericordia de él. Ahí
está, cuando los primeros albos de la aurora iluminan esta lumbre,
la soledad de la muerte le había marcado la misma senda que hace
veinte años está atravesando el padre. Asimismo, víctima como tu
ahora de un horrible estruendo.

D. Fope solo respondió despidiendo un grito doloroso y cayen-
do desplomado sobre el cuerpo frío de su padre.

to al establo castellano que con tanto heroísmo había resistido a las
puercas del rey D. Pedro. Los naturales de Cabezon tambien habian
abandonado sus casas, deseros de pagar el último tributo a su señor.
Solo Diego obligado a no dejar en momento a su hermana pudo su-
tirarse a aquel deber tan sagrado en sus sentimientos de respeto y
veneracion a la memoria del infortunado D. Rodrigo.

Las dos damas habian partido la noche anterior para el convento
de Santa Clara de Valladolid, acompañadas de D. Martín López de
Córdoba y de otros tres amigos del rey.

XXX.

Aunque el dolor del D. Alvaro al seguir detrás del féretro de su
padre era desgarrador, su semblante parecia triste, pero sereno. So-
lo el de D. Lope manifestaba el remordimiento que le atormentaba. El
padre Anselmo, agobiado por el peso de los años, por sus achaques y
por sus infortunios caminaba con paso vacilante y con el rostro ba-
ñado en sudor y raudido de cansancio. El misero anónimo había con-
tinuado en su dolor y raudido de cansancio, y que no veia a
los dos huérfanos.

Cuando el cortejo se acercó al castillo, uno de los centinelas dijo la
voz de alfo. Los ballesteros que caminaban delante se detuvieron, y
las hembras tuvieron que hacer lo mismo. Al advertirlo D. Alvaro, le

Dos días después de la muerte de D. Rodrigo de Cabezon, un corte-
jo fúnebre salía de la ermita del Cristo de las batallas.

Abrian la marcha seis ballesteros del rey, cuatro heraldos y algu-
nos reyes de armas. Una doble fila de pajes y escuderos seguian en
pos con hachas encendidas. El féretro, descansando en un carro mor-
tuario cubierto con un paño negro en que aparecian las armas de los
señores de Cabezon, era conducido por los escuderos que habian
abandonado el castillo al amotinarse la guarnicion contra D. Rodrigo.
Luego seguian el padre Anselmo y D. Lope Alvar de Rojas llevando
en el medio a D. Alvaro de Cabezon. D. Lope vestia un ropage ante-
riormente igual al del ermitaño que revelaba la resolucion que habia
adoptado la noche que habia pasado en vela al lado del cuerpo de su
padre. El secreto de los lazos que los habian unido era desconocido
aun de las personas mas interesadas como D. Alvaro de Cabezon.

Cerraba el acompañamiento el rey D. Pedro con D. Fernando de
Castro, Men Rodríguez de Sanabria, D. Fernando Alfonso de Zamo-
ra y los demas caballeros que formaban su comitiva, y luego seguia
un lucido cuerpo de hombres de armas, en que figuraban los mejores
soldados del rey.

El lugar del tránsito estaba cubierto de gentes del pueblo que ha-
bian venido de los contornos, atraidos por la curiosidad de ver muer-

to al célebre castellano que con tanto heroísmo había resistido á las huestes del rey D. Pedro. Los naturales de Cabezon tambien habian abandonado sus casas, deseosos de pagar el último tributo á su señor. Solo Diego obligado á no dejar un momento á su hermana pudo sustraerse á aquel deber tan sagrado en sus sentimientos de respeto y veneracion á la memoria del infortunado D. Rodrigo.

Las dos damas habian partido la noche anterior para el convento de Santa Clara de Valladolid, acompañadas de D. Martin Lopez de Córdoba y de otros tres amigos del rey.

Aunque el dolor de D. Alvaro al seguir detras del féretro de su padre era desgarrador, su semblante aparecia triste, pero sereno. Solo el de D. Lope manifestaba el remordimiento que le devoraba. El padre Anselmo, agobiado por el peso de los años, por sus achaques y por sus infortunios caminaba con paso vacilante y con el rostro bañado en sudor y rendido de cansancio. El misero anciano hacia cuatro dias que no disfrutaba del mas ligero descanso, y que no veia á los dos huérfanos.

Cuando el cortejo se acercó al castillo, uno de los centinelas dió la voz de alto. Los ballesteros que caminaban delante se detuvieron, y los demas tuvieron que hacer lo mismo. Al advertirlo D. Alvaro, levantó la cabeza vivamente y preguntó el motivo de aquella detencion inesperada. El rey con una expresion singular habia ya dado orden para que su acompañamiento y la escolta tambien se detuviesen.

—Caballero, dijo D. Alvaro adelantandose á uno de la comitiva del rey. ¿Teneis á bien preguntar por qué nos detienen?

El caballero contestó con un saludo respetuoso, y se dirigió al foso del castillo para hablar al centinela.

—Olvidais, D. Alvaro, dijo el rey sonriendose que estamos en guerra?

—Teneis razon; pero ese no es obstáculo para que penetreis en el castillo.

Os aseguro que me niegan la entrada.

El caballero que habia partido de orden de D. Alvaro, volvió al momento con la respuesta.

—La guarnición del castillo, dijo, no puede admitir á tantas gentes sin que peligre su seguridad.

—Volved alla y decidla que los que entran en el castillo siguen á su señor, D. Rodrigo de Cabezon, y que por consiguiente, no hay el peligro que suponen.

—Cierto es, dijo el caballero, que los que acompañan el féretro son vasallos del difunto; pero los soldados del rey y la comitiva de este no pueden considerarse bajo el mismo aspecto.

—Id, caballero y no olvideis que en una situacion semejante no hay mas señor que el que camina en un féretro para el sepulcro y que cuantos le acompanan son sus vasallos. Aqui, pues, el rey es tan vasallo como vos, porque desde el momento que se ha propuesto rendir con su corte este homenaje al último señor de Cabezon, ha abdicado su autoridad hasta que aquel descanse en su sepulcro.

El caballero partió al punto. Largo rato estuvo conferenciando con los que componian la guarnicion, y despues de un vivísimo altercado que sostuvo con notable ventaja el mensajero, aquellos le despidieron manifestandole que una vez que D. Alvaro se conformaba con la entrada en su castillo de tantas gentes, no se oponian a que se le bajase el puente.

La comitiva entró pues, con el mismo orden y compostura dirigiéndose a la capilla del castillo en que debia depositarse el cadáver de D. Rodrigo.

La escolta del rey tambien atravesó el puente, siendo recibida por la guarnicion que se habia formado para estar dispuesta en el caso de que hubiera algun acontecimiento inesperado.

El rey y sus cortesanos siguiendo siempre el féretro, entraron en la capilla con D. Alvaro, D. Lope y el ermitaño. Los tres últimos despus de orar un momento, se levantaron para que diesen principio las exequias. El capellan del castillo y otros sacerdotes que estaban prevenidos, empezaron el oficio de difuntos tan pronto como la comitiva tomó asiento en los bancos que se habian colocado en la nave. D. Pedro en un gran sillón forrado de terciopelo negro dominaba al auditorio, teniendo a su derecha a D. Alvaro de Cabezon y a su izquierda al ermitaño y a D. Lope.

Terminada la ceremonia, el rey salió primero y luego salieron en pos todos los caballeros que le rodeaban. Al llegar al patio, se despidió de D. Alvaro.

—¿Os vais, señor? preguntó este admirado.

—Sí; es preciso para que cese cuanto antes la detencion que estoy sufriendo en esta villa.

—Señor, dijo entonces D. Alvaro con una expresion indefinible. A nadie se ha negado todavia la hospitalidad en el castillo de Cabezon. Todos los que penetran en sus muros, si no quieren ofender al castellano, tienen que acompañarle en su mesa. Os ruego, pues, que honreis la mia vos y cuantos os acompañen.

El rey vaciló un instante contemplando al jóven con una expresion singular.

—No sabeis, caballero, que estamos combatiendo al señor de Cabezon?

—Perdonad, señor; el dueño del castillo soy yo, y por eso os ruego que no despreciéis mi demanda.

—¿Luego me proponéis la paz?

—D. Alvaro de Cabezón, dijo el joven con voz solemne, en paz ó en guerra con su enemigo, no puede consentir que una vez dentro de su castillo lo abandone sin haber disfrutado de su mesa y de su lecho.

—Y si mañana acertase á pasar por aquí con mis gentes, ¿me permitiríais entrar?

—Las puertas de mi castillo, dijo D. Alvaro, quedan abiertas desde hoy para todo el que necesite hospitalidad sea cual fuere su condicion.

—¿Qué bando sigue, pues, el castellano?

—Ninguno.

—¿Obedecerá á su rey?

—Siempre que le llame a una guerra que solo tenga por objeto acabar con la raza árabe en nuestro suelo.

El rey guardó silencio algunos instantes fijando la vista en el suelo como si tratase de adoptar un partido. Las respuestas de D. Alvaro le habian producido la mas grata impresion, porque revelaban un corazon grande y generoso.

—Caballeros, dijo á los que le acompañaban. Hoy descansaremos en el castillo, y mañana al amanecer partiremos para Aragon.

D. Alvaro dió las gracias al monarca con una mirada indefinible.

—Vosotros, dijo este á los que formaban la guarnicion, podeis acompañarle si gustais. Vuestra ayuda es ya inútil; pero el recuerdo de la que habeis prestado á D. Rodrigo de Cabezón, no se borrará de aquí, añadió señalando el corazon.

Y de los párpados del joven se desprendió una lágrima como una muestra de la gratitud que se albergaba en su pecho.

do que la esposa iba a casarse, se miró a los pies cubriendo sus nudos de pies.

— ¡Fernando, D. Fernando, le digo, porque quiero a probar el momento.

El ermitaño, al oír esto, y al ver los brazos de Fernando como para ir a abrazar, se adelantó al punto con que el ermitaño había hecho el gesto de ir a abrazar.

— ¡Sentado, hijos míos, y no os impusieron, porque de eso tiene bien con esta que al momento se unen, como se unen, en el momento.

XXX.

Diego y Maria sin darse cuenta de la impresión que sentían en aquel momento, tomaron asiento, mirándose uno en el otro con una planta que sorbiera que hizo sentir a D. Fernando.

— ¡Diego, hijo el ermitaño con tanto conocimiento, al oír esto con te el caso, se priva de no decir tan claro como pensó. Desde hoy eres libre, porque Maria, como te lo dije, en el mundo.

(Conclusion.)

que se dio la vuelta en el mundo. Te encuentras una, una y no de la acción de cuando las alas por un poder unida a la existencia. Cree que la unión que has recibido es un poder en la unión. Y esta es la única idea que en este momento no se puede dar. Y no es la unión, sino la unión.

Dos meses después de los sucesos que acabamos de referir, la capilla del castillo de Cabezon se hallaba primorosamente adornada para recibir a D. Fernando Alfonso de Zamora y a su futura esposa la bella Maria. D. Alvaro de Cabezon y sus deudos, habían hecho todos los preparativos para que las bodas se celebrasen con la mayor pompa y magnificencia.

D. Fernando Alfonso de Zamora, aprovechando la paz que acababa de firmarse entre el rey de Aragon y el de Castilla, había abandonado la comitiva de este, para salvar a Maria de tantos temores como había experimentado, en aquellos dos meses de ausencia. El ermitaño no pudo negarse a aprobar el precipitado enlace que don Fernando solicitaba para no separarse de Maria, ni tampoco a la demanda de llevarse su esposa a la ciudad de Zamora, lugar de sus dominios. La separacion debía serle funesta; pero se trataba de su dicha, y esta idea hacia sobrellevar al padre Anselmo el dolor que debía causarle su ausencia.

Maria, con su vestido blanco y su corona de rosas, tan bella como un ángel, acababa de aparecer en el salon del caserio con su hermano Diego. El ermitaño la recibió en sus brazos, y D. Fernan-

do que la esperaba á su lado, se arrojó á sus pies cubriendo sus manos de besos.

—Levantaos, D. Fernando, le dijo, porque vamos á hablar seriamente.

El jóven obedeció, y los dos hermanos se miraron como para interrogarse, extrañando el acento con que el ermitaño había pronunciado aquellas palabras.

—Sentaos, hijos míos, y no os impacientéis, porque deseo también con afán que el sacerdote bendiga vuestra union, como ya la ha bendecido el cielo.

Diego y María sin darse cuenta de la impresion que sentían en aquel momento, tomaron asiento, manifestando en su mudo semblante una sorpresa que hizo sonreír á D. Fernando.

—Diego, dijo el ermitaño con acento conmovido; el cielo con este enlace, te priva de un deber tan grato como penoso. Desde hoy eres libre, porque María cuenta ya con un protector en el mundo que espero labrará su dicha. Te encuentras, pues, solo y en disposicion de estender tus alas; pero un pesar amarga tu existencia. Crees que la educacion que has recibido es superior á tu condicion, y esta es la única idea que en este momento no te permite dar expansion á tu alegría; ¿no es cierto, hijo mío?

El huérfano inclinó la cabeza sobre su pecho para no manifestar la turbacion que reflejaba en su semblante. El ermitaño, advirtiéndolo, prosiguió:

—Levanta orgulloso esa frente que ahora inclinas al suelo, porque en ella brilla todo el lustre de tu noble alcurnia. ¡Diego! Tu no eres un bastardo como has creído hasta ahora.

—¿Qué escucho? exclamó levantándose de su asiento.

—Eres el primogénito de un noble tan culpable como desventurado. Tu padre se llamaba D. García de Campo-Agreste.

—¡Cielos! El hermano de D. Rodrigo de Cabezón! exclamaron a una voz los dos jóvenes.

—Sí, y puesto que conocéis ya su historia, la omitiré ahora. Sois, pues, tan nobles como D. Alvaro; pero huérfanos.

Das lágrimas brotaron de los ojos del anciano al pronunciar estas palabras.

—Vuestro padre, prosiguió con voz apagada, al morir ocultó su nombre, porque había sido el terror del país, y en esta parte imitó el ejemplo de su hermano D. Rodrigo. El deseo de que se extinguiese para siempre, le hizo renunciar hasta á sus hijos. ¿Querrás tú conservarlo, Diego, ó llevar el de tu madre? Yo, que en este momento represento á D. García, te ruego que respetes su voluntad.

—Lo haré, señor; respondió el joven con lágrimas de dolor al recordar los infortunios de su padre.

—Pues bien; desde hoy te llamarás Diego Gonzalez.

—De Oviedo, añadió D. Fernando Alfonso de Zamora, porque el rey D. Pedro acaba de concederle esta villa.

Diego, dominado por la emoción, solo pudo mostrar su reconocimiento apoderándose de las manos de D. Fernando y besándolas con una especie de delirio. El ermitaño, sorprendido con aquella nueva, que el caballero le había ocultado, le alargó una mano conmovida, contemplándole con una ternura paternal.

—Pues bien, Diego Gonzalez de Oviedo, desde hoy tu destino en el mundo, es servir al rey que tan grande merced acaba de concederte.

—Yo procuraré ganarla, señor.

—A ti, ángel de Cabezon, prosiguió el ermitaño dirigiéndose a Maria, no puedo ofrecerte ninguna sorpresa, porque ninguna igualaría al placer que ahora experimento al verte próxima a entregar tu mano a D. Fernando Alfonso de Zamora. Abrazadme, pues, hijos míos, porque vuestro primo el señor de Cabezon estará impaciente por tanta tardanza.

Los dos jóvenes se arrojaron al cuello del anciano derramando lágrimas de placer y de dolor al propio tiempo.

—No olvidéis al ermitaño del Cristo de las batallas... á vuestro segundo padre...

—Jamás! jamás! dijeron á una voz abrazándole de nuevo.

—Vamos, pues, al castillo. Enjugad vuestras lágrimas para que no adviertan que hemos tenido este momento de tierna expansión.

Los caballos se hallaban á la puerta. El anciano ermitaño tenia tambien ensillada la mula que debia conducirle al castillo. D. Fernando ayudó á montar á Maria, y esta aceptó su apoyo sonriendo-se, porque ninguno necesitaba para colocarse en la silla. Diego sujetó el estribo á su futuro hermano, despues que éste hubo acomodado igualmente al padre Anselmo. La comitiva no podia ser mas modesta. Solo dos lugareños muy adictos á los huérfanos, habian sido invitados para que concurriesen al castillo.

El centinela de la atayala no tardó en dar aviso de la llegada de la novia y de su familia. D. Alvaro atravesó entonces el puente con sus escuderos para recibir á los novios.

Mientras tuvo lugar la ceremonia, el padre Anselmo, arrodillado en lo mas apartado de la capilla, enjugaba las lágrimas que como un raudal bañaban sus mejillas. Asi que aquella terminó, don Fernando, desprendiéndose de D. Alvaro, que habia sido el pri-

meró en abrazarlo, corrió al lugar en que seguía arrodillado el ermitaño, y postrándose á sus pies, le dijo.

—Vengo como hijo vuestro á pedirós la primera gracia.

—Mas bajo, murmuró el anciano levantándole con sus brazos.

¿Qué pretendes, hijo mío?

¡Oh! ¿Qué os descubrais á vuestra hija!

—¡Imposible!

—Ved que estoy á vuestros pies.

—¡Imposible!

—Olvidais que ahora tengo derecho á que no privéis á mi esposa de las caricias de su padre.

—Hijo mío; ya sabes que un juramento y una expiación...

—¿Pero esta expiación de diez y seis años, no ha sido suficiente para expiar vuestras faltas?

—No.

—Y entonces, ¿condenareis á vuestros hijos á no ver en el mundo á su padre, habiendo estado á su lado tantos años?

—Sí.

—Señor, hace una hora que en el caserio cuando hicisteis aquella revelación estuve dispuesto á descubrir el secreto.

Huieras cometido un perjurio.

—¿Con que no accedéis á mi ruego.

—No, hijo mío, no. Vuelve al lado de María y... hazla dichosa... muy dichosa... Dios te lo recompensará...

—¿Y vos?

—Yo... seguiré mi expiación dijo elevando sus ojos al cielo con una expresión de dolorosa é indefinible resignación.

D. Fernando comprendió por aquella actitud y por aquella mirada que la resolución del ermitaño era invariable...

El cariño filial no había podido triunfar de la conciencia del padre Anselmo, así como la deshonra no había hecho faltar á su hermano D. Rodrigo á *El Honor Castellano*.

FIN

mento a la novela El Monje Castellano, que se publica para que el lector pueda apreciar la exactitud de algunos sucesos que parecen inverosímiles, y que sin embargo, desearán en el testimonio de los escritores mas acreditados de la edad media (1).

(1) La mayor parte de los personajes que figuran en esta novela, desempeñan un papel importante en los hechos de Castilla, que ya muy luego se publicará, siendo esta por consiguiente una continuación de aquella.

(Nota del Editor.)

En el compendio histórico que lleva por nombre *Atalaya de las crónicas*, escrito por Alonso Martinez de Toledo, arcediano de Talavera, capellan del rey don Juan II, y en todas las obras de aquella época, se halla la relacion de un suceso que se verificó, mientras el legado del papa Clemente VII arreglaba las paces entre el rey D. Pedro I de Castilla y el de Aragon. Dice asi:

« En este comedio, fue el rey para Cabezón, un castillo que..... estaba por el conde D. Enrique e tovole cercado: e estando sobre el nunca jamas pudo el rey aver fabla con el alcaide; pero el rey envió a el un rey de armas para que le dijese de la parte del rey que le diese la fortaleza, e le faria muchas mercedes, e le daria lo que le mandase que darle fuese: mas el alcaide non quiso responderle cosa nenguna a cosa que le dixerón. E en este comedio diez escuderos que estaban dentro en el castillo, cometieron traicion al alcaide; e le demandaron mugeres con que durmiesen: e el alcaide non tenia si non a su muger e una fija suya que ay tenia. E dixerón los escuderos que si non ge las daba que dexarian el castillo: e veyendo esto el alcaide, ovoles de dar a su muger e fija por non ser traidor a su señor. Mas dos de los escuderos non le quisieron facer tal traicion, e rogaron al alcaide, que los echasen fuera del castiillo. E el alcaide fizolo asi, e luego fueron presos e llevaronlos al rey, e contarongelo todo, e la razon porque avian salido: e el rey fue muy sañudo de tal traicion, e trató con el alcaide que ge los entregase aquellos escuderos, e diole otros tantos fijos-dalgos, juramentados del rey, que le sirviesen e muriesen alli con el alcaide. E asi fue luego fecho, e entregole el alcaide los ocho escuderos: e luego el rey fizolos cuarteear vivos, e despues fizolos quemar. »

Esta es la version histórica que ha servido de argu-

mento á la novela *El Honor Castellano*, que se publica para que el lector pueda apreciar la exactitud de algunos sucesos que parecen inverosímiles, y que sin embargo, descansan en el testimonio de los escritores mas acreditados de la edad media (1).

(1) La mayor parte de los personajes que figuran en esta novela, desempeñan un papel importante en *Los Bastardos de Castilla*, que va muy luego á publicarse, siendo esta por consiguiente una continuación de aquella.

(Nota del Editor.)

En el compendio histórico que lleva por nombre *Ala-*
laga de las crónicas, escrito por Alonso Martínez de
Toledo, arcediano de Talavera, capellán del rey don
Juan II, y en todas las obras de aquella época, se halla
la relación de un suceso que se verificó, mientras el
papa Clemente VII arreglaba las paces entre
el rey D. Pedro I de Castilla y el de Aragón. Dice así:

«En este comedio, fue el rey para Capesón, un castillo que
estaba por el conde D. Enrique a toreros estando, e estando sobre el
unavez jauras puelo el rey aver fable con el alcaide; pero el rey envío
a el un rey de armas para que le dijese de la parte del rey que lo
diese la fortaleza, e lo fura muchas mercedes, e lo daria lo que lo
mandase que darle fuese; mas el alcaide non quiso responderle cosa
ninguna a cosa que le dixeron. E en este comedio diez escuderos
que estaban dentro en el castillo, cometieron traición al alcaide; e
lo demandaron mugeres con que se casasen; e el alcaide non tenía
si non a su muger e una hija suya que ya tenía. E dixeron los escude-
ros que si non les das las mugeres dexarán el castillo; e veyendo esto el
alcaide, ovole de dar a una muger e a su hija por non ser traído a su ser-
vicio. Mas dos de los escuderos non le quisieron hacer tal traición,
rogaron al alcaide, que los echasen fuera del castillo. E el alcaide
fizo lo así, e luego fueron presos e lleváronlos al rey, e conatongo
lo todo, e la traición por que avian salido; e el rey fue muy airado de
tal traición, e trató con el alcaide que los escuderos aquellos escu-
deros, e fizo otros tantos hijos-dalgos, juramentados del rey, que
lo sirviesen e muriesen allí con el alcaide. E así fue luego hecho, e
entregó el alcaide los ocho escuderos; e luego el rey fizo los cuar-
ta mil vivas, e después fizo los quarenta mil.»

Esta es la versión histórica que ha servido de argu-

FÉ DE ERRATAS.

La precipitacion con que se ha escrito y se ha impreso á la vez esta novela , ha dado lugar á varios errores tipográficos y aun de redaccion , que no señalaremos porque están al alcance del lector menos ilustrado. Solo debemos mencionar el padecido con la amalgama en uno solo de sus dos capitulos IV y V, debiendo tenerse presente que este último principia con la última línea de la página 56.

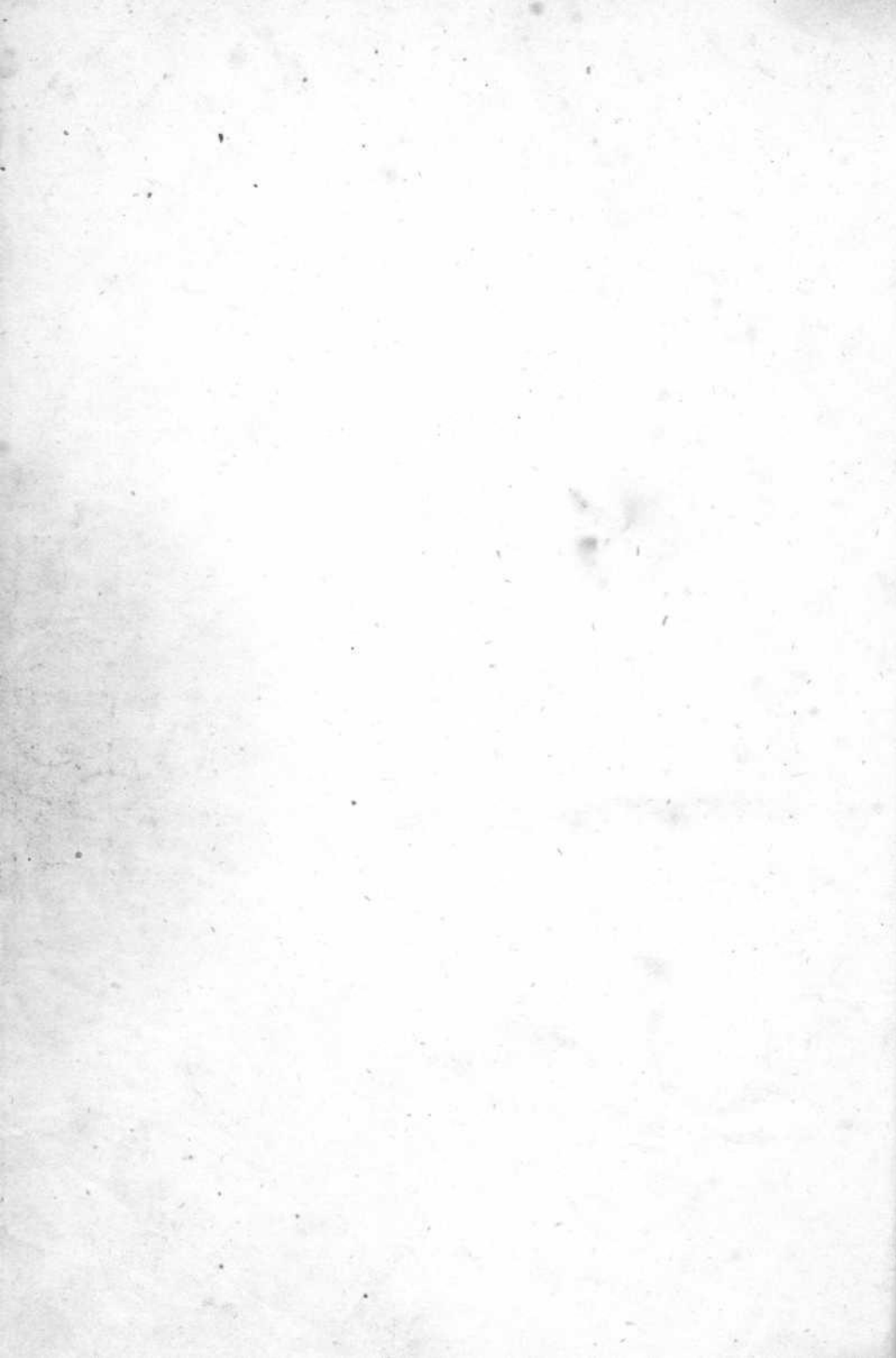
LI DE ERRATAS.

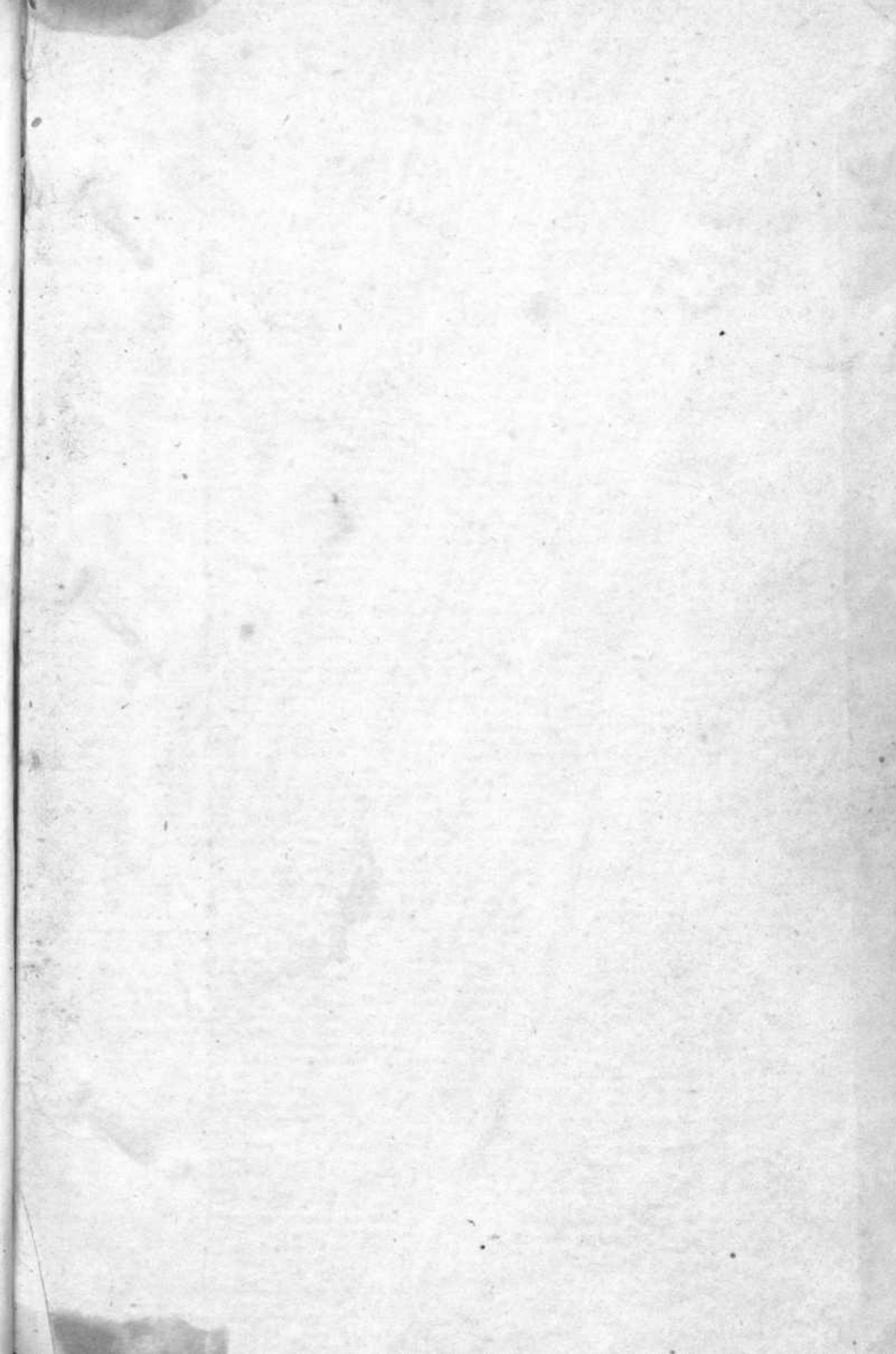
La precepción con que se ha escrito y se ha impreso a la vez esta novela, ha dado lugar a varios errores tipográficos y aun de redacción, que no señalamos porque están al alcance del lector menos ilustrado. Solo debemos mencionar el padecido con la amalgama en uno solo de sus dos capítulos IV y V, debiendo tenerse presente que este último principia con la última línea de la página 56.

ANUNCIO.

La Familia Errante, segunda parte de *El honor Castellano*, acaba de publicarse, y consta de tres tomos en 4.º, de impresion correcta y esmerada y hermoso papel. Cuesta cada uno veinte y dos reales en provincias franco de porte.

Los suscritores al *Diario Popular*, ó á la novela *El honor Castellano*, si gustan, pueden recibir y leer el primer tomo, dando aviso á la redaccion y ofreciendo devolverlo sin el menor deterioro, siempre que no les agrade la obra; temor que no puede alarmar al editor, cuando en esta parte ofrece lo que ninguno ha hecho hasta ahora, y es demostrar al suscriptor, que una vez leida la primera página de *La Familia Errante*, no puede abandonar su lectura.









G 20568